

Marginópolis

MARGIN-O-POLIS

David Millán Orozco

Departamento Administrativo de Planeación Municipal, Cali,
Colombia, Arquitecto, Magíster en Política Territorial y Urbanística,
dmillan@cali.gov.co

Recibido 10 de enero de 2008
Aprobado 20 de febrero de 2008

Resumen

Un fuerte sentimiento de incertidumbre y desasosiego se apodera de grupos importantes de población marginada en Colombia, América Latina y el “mundo subdesarrollado”, que durante décadas han presenciado y protagonizado parte de las más importantes transformaciones del planeta urbano sin poder acceder a los beneficios sociales, económicos, espaciales, ambientales, políticos, normativos y culturales que debiera conllevar su naturaleza de ciudadanos y ciudadanos.

El artículo presenta una visión particular de un fenómeno universal y busca orientar el debate en dirección a una renovada denominación del mismo.

Palabras clave

Marginalidad, Informalidad, Ciudad, Exclusión, Neoliberalismo.

Abstract

A strong feeling of uncertainty and discomfort grasps a big group of population marginalized in economic, space, environmental, political, normative and cultural ways all over Colombia, Latin America and the “underdeveloped countries”, countries that during decades have witnessed and taken part in the most important transformations of the urban planet without being able to attain the social benefits that their citizenship condition should allow them to.

The article presents a particular vision of a universal phenomenon and looks out to manage the debate in the direction of one renewed denomination of itself.

Keywords

Marginality, Informal city, Slums, Segregation, Neoliberalism.

“La ciudad de la que se habla tiene mucho de lo que se necesita para existir, mientras la ciudad que existe en su lugar, existe menos”.

Italo Calvino

1. Introducción

En Colombia ha hecho carrera una frase que sintetiza la realidad de un país “en vías de desarrollo”, donde tiene expresión un conjunto de irregularidades de todo orden, entre las que se cuentan las deficiencias propias de la construcción de ciudad en el Tercer Mundo, valga decir en América Latina, el tronco central de África y algunos países asiáticos.

“No importa que al país le vaya mal, siempre que la economía vaya bien”, es una sentencia pronunciada en su momento desde uno de los más importantes gremios económicos del país¹. Si esta frase pronunciada hace ya varios años lo hubiese sido de manera aislada o espontánea, no habría tenido efecto alguno sobre el devenir nacional.

Hoy sabemos que la sentencia recoge el espíritu que ha regido la relación público-privado durante el ya bicentenario proceso de creación de una república aún en ciernes, y ha constituido uno de los principales escollos en nuestra atropellada y confusa modernización.

Con todo el peso simbólico y cultural que tiene, la coloquial disquisición no genera estupor ni desconcierto en importantes grupos económicos y políticos que inciden en la realidad nacional, para los cuales tal corolario alcanza estatus de paradigma. Hoy es una verdad instalada por diversos medios, y como tal rige los destinos de la vida en común y afecta negativamente sectores vulnerables de la sociedad colombiana que padecen los rigores de una economía no distributiva².

Cuando la frase trascendió a la opinión pública, hace ya más de dos décadas, se daba en el planeta uno de los giros más importantes de la reciente historia de la humanidad: la globalización neoliberal. Poco después, Colombia se acogía a los lineamientos del Consenso de Washington, acuerdo bilateral entre Estados Unidos e Inglaterra para llevar al límite las posibilidades del sistema capitalista de relaciones e imponer el modelo geoeconómico y geopolítico que desde entonces impera.

2. Neoliberalismo y ciudad

Como ya sabemos, el neoliberalismo es un modelo que impacta fuertemente nuestro devenir, nuestras sociedades y sus ciudades, especialmente la ciudad informal.

“Con un capital actuando de esta manera se generan transformaciones y mutilaciones importantes en procesos de producción social, en múltiples sectores de la cultura finamente articulados a sus comportamientos. La ciudad es uno de esos procesos y la informalidad uno de sus determinismos más importantes” (Millán, 2001: 59).

¹ La célebre frase se atribuye a Fabio Echeverri Correa, quien ejerció durante 17 años como presidente de la Asociación Nacional de Industriales, ANDI, y más recientemente como asesor de la Presidencia de la República durante el período 2002-2006.

² Colombia es el tercer país con la más injusta distribución de la riqueza en el mundo. Ver *Informe de Naciones Unidas para el Desarrollo* (2005).



Imagen 1 Lagunas El Pondaje y Charco Azul, Cali.
Aerofotografía: Manuel Varona (2007).

Las sociedades que han permitido que las reglas del mercado estén por encima de las relaciones sociales, espaciales y ambientales en un planeta que hoy alberga más de la mitad de su población en concentraciones urbanas han visto cada vez más lejana la posibilidad de recuperar el rumbo del equilibrio en sus hábitats.

Y aunque no se puede aceptar que la ciudad informal se genera solo por la exclusión social y económica, no podemos dejar de pensar que esta condición es determinante en la aparición y consolidación de la informalidad. ¿Cómo desligar la producción de ciudad de las actividades económicas tan finamente articuladas a sus procesos de cambio? Esta es una de las principales paradojas de la construcción de ciudad en países como Colombia, donde simultáneamente crecen los indicadores del producto interno bruto³ y los indicadores de informalidad económica y marginalidad social.

³ En 2006, la economía nacional creció en un 5,8%, muy por encima de los mejores pronósticos de los gremios económicos, y el salario mínimo legal, aunque aumentó 6,25% para el año 2007, decreció en poder adquisitivo, lo cual se evidenció con la inflación en el primer trimestre del año (DANE).

¿Si parte importante de la riqueza nacional se produce en las ciudades, por qué no son *ricas* las ciudades? Es lógico que sea porque también Colombia –como tantos otros países del Tercer Mundo– hace sus cuentas con la paradójica aritmética neoliberal en la cual simultáneamente crecen la riqueza y la miseria. Paradoja de paradojas que antes que acercar los extremos de la sociedad no solo ha roto la unidad de contrarios (cada vez es mayor la brecha entre ricos y pobres), sino que también ha hecho casi imposible la convergencia entre los múltiples y diversos grupos humanos de Colombia, dificultando enormemente el equilibrio social, ambiental, espacial y productivo en la mayor parte del territorio nacional.

Si además consideramos que parte de la riqueza generada en las ciudades lo es por cuenta de las decisiones públicas que favorecen las dinámicas del sector productivo de la construcción y los mercados inmobiliarios y que la mayoría de nuestros gobiernos locales no se ha ocupado de recuperar los beneficios de su participación en tales dinámicas (las denominadas plusvalías urbanas), encontramos que se está desperdiciando una enorme oportunidad para propiciar el equilibrio urbano, por lo menos en las finanzas públicas locales,



Imagen 2 Sector Los Chorros, Comuna 18, Cali. Foto: David Millán Orozco (2007).

las más afectadas por la disminución progresiva de su participación en los ingresos corrientes de la Nación⁴.

Esto se da en parte porque las políticas económicas de nuestros gobiernos no han considerado la transformación de la estructura urbana nacional como un proceso que apunte a la construcción de verdaderas ciudades. La política urbana del Salto Social, que dio origen a la Ley 388 de 1997 (Ley de Desarrollo Territorial), no alcanza aún a tener las repercusiones necesarias en los procesos de construcción de ciudad en Colombia. Esta sigue siendo el resultado de un conjunto de actividades económicas, sociales y políticas que actúan independientemente de la búsqueda del equilibrio: persiguiendo y obteniendo resultados plenamente satisfactorios para un sector de la realidad nacional, pero distantes de los intereses del conjunto de la población y, por lo tanto, apartados de la suerte de la ciudad informal.

En tal contexto, y dado que la ciudad es un producto social, una aproximación al tipo de concentraciones urbanas que estamos construyendo en el Tercer Mundo, y especialmente en Colombia, debe partir de considerar si en nuestras sociedades urbanas la transformación del hábitat es un producto residual de desequilibradas interacciones productivas y políticas, o si la construcción de ciudad se sustenta en principios constitucionales de orden social, económico, ambiental, espacial y normativo. La calidad de las relaciones y de las construcciones urbanas es también reflejo de la calidad de las dinámicas productivas y políticas en cada ciudad.

De lo anterior se deduce que una sociedad en desequilibrio no está en capacidad de construir ciudades funcionales, bellas, confortables, democráticas. Ello explica que en Colombia existan numerosos ejemplos de concentraciones urbanas (acaso ciudades) deficitarias en varios de sus componentes. La causa principal de este desorden territorial es la precaria localización de la mayor parte de la población colombiana en relación con los procesos de transformación de los sistemas urbanos que habitan, localización que puede ser físico-espacial, de precaria condición socioeconómica, de marginal posición política; de riesgosa relación con el entorno.

Si durante la historia de la humanidad hemos asistido a la construcción de ciudades para el bienestar colectivo –en las cuales los sectores marginados de la sociedad han habitado entornos vinculados de alguna manera a los beneficios urbanos–, en ámbitos de

⁴ El 12 de junio de 2007, la Cámara de Representantes aprobó en último debate el acto legislativo que, por iniciativa del Gobierno Nacional, modifica el sistema general de participaciones de las entidades territoriales en los ingresos corrientes de la Nación.



Imagen 3 Lagunas El Pondaje y Charco Azul, Sector El Barandal, Comuna 13, Cali. Foto Ricardo Cruz (2007).

la globalización neoliberal asistimos al surgimiento de drásticas marginalidades de nuevo tipo, en las cuales amplios grupos de población padecen espacial, ambiental, simbólica y económicamente, la fractura manifiesta en las sociedades del mundo pobre y “subdesarrollado”. Lo que se ha configurado hoy en nuestras ciudades, es el confinamiento de grandes grupos humanos a una especie de *máxima miseria soportable* (Martínez, 2003)⁵.

3. Estado social de derecho y ciudad

Con tan excluyentes dinámicas políticas y sociales se ha logrado romper el estrecho vínculo entre crecimiento económico⁶ y desarrollo urbano, vínculo que distancia nuestra realidad objetiva de las loables pretensiones del Estado social de derecho que nominalmente existe en Colombia y que se define, entre otros, en los siguientes principios constitucionales (Ley 388 de 1997, Art. 2):

- Distribución equitativa de las cargas y los beneficios.
- Prevalencia del interés general sobre el particular.
- Función social y ecológica de la propiedad.
- Función pública del urbanismo.

Con estos principios, el derecho a la ciudad en Colombia no debería ser un enunciado banal, dado que constituye una legítima aspiración del habitante urbano contemporáneo⁷. Lo que hace tan distante ese derecho en nuestro Estado es la ruptura

5 El profesor Harold Martínez Espinel participó de la *Mesa por la ciudad y la vivienda*, organizada por el Concejo Municipal de Santiago de Cali, entre julio y noviembre de 2003.

6 Hay que considerar que cuando la economía no presenta dinámicas de crecimiento positivo, sino de crecimiento negativo (año 1999), los principales impactos se sienten en la arcas del Estado, que subsidia las pérdidas de los principales sectores económicos del país. De esta manera se reduce drásticamente la inversión en las necesidades básicas de la población menos favorecida por las políticas públicas, focalizando así el impacto de la recesión. De allí que también haya hecho carrera otra afirmación: “En Colombia se socializan las pérdidas y se concentran los beneficios”.

7 En 2004, en la ciudad de Quito, Ecuador, se redactó la *Carta Mundial del Derecho a la Ciudad*, la cual contiene criterios generales y universales que reivindican el derecho a la misma.



Imagen 4 Sector Pueblo Nuevo, Comuna 20, Cali. Foto: Ricardo Cruz (2007).

entre los principios constitucionales y la práctica económica y política cotidiana, lo que equivale a la distancia existente entre el paradigma de modernidad y la inercia de la premodernidad, confusión presente en casi todos los órdenes de nuestra realidad, entre ellos, los procesos de transformación urbana.

En el contexto descrito, se ha dado lugar en Colombia, en América Latina, en la mayoría de países africanos y en algunos asiáticos, a la construcción simultánea de dos ciudades: la que durante décadas ha perseguido el paradigma de ciudad moderna del Primer Mundo –y en parte lo

logra– y la que, persiguiendo el mismo modelo, no logra acceder a los beneficios del desarrollo en cada uno de sus países, viendo relegado su propio proceso a localizaciones, relaciones y ejecuciones marginales dentro del sistema urbano local y la estructura territorial regional y nacional. Estas comunidades son las más afectadas por las instituciones públicas y privadas que persiguen el paradigma neoliberal.

Se entiende, entonces, que la generación de ciudad informal es un fenómeno claramente explicado por las dinámicas económicas, sociales y políticas de países con estructuras asimétricas e injustas que tienden a aumentar el desorden y la confusión.

“La actual ciudad colombiana es la expresión del individualismo y las competencias que impone la dinámica del mercado, la internacionalización de la economía y la globalización de las sociedades, profundizando y marcando, cada vez más, las diferencias sociales, económicas y políticas reflejadas en la concentración poblacional, el desorden urbano, la segregación físico-espacial, en oposición a los conceptos de equidad, armonía, unidad, integración, solidaridad, convivencia, entre otros” (Torres, 2002: 320).

Una situación similar se presenta en todo el Tercer Mundo y en algunos países del Primer Mundo bajo diversas denominaciones: favelas, villamiserias, invasiones, asentamientos subnormales, chavolas, banlieus, entre otros.

En nuestro caso particular, la persistencia durante casi sesenta años de un conflicto político y militar, que ya dura demasiado y que funciona como generador de mayor desorden, y la proliferación y arraigo de múltiples actividades y comportamientos ligados a la producción y tráfico de estupefacientes⁸, son elementos que caracterizan la singular y compleja realidad de un país que, quién lo creyera, es uno de los más felices del mundo, según algunos sectores de la prensa colombiana⁹.

8 Los actores del conflicto han ocasionado el desplazamiento forzoso de 19 de cada 1.000 colombianos, de territorios rurales hacia ciudades (CODHES).

9 El colombiano “ha sabido mezclar realismo, resignación y buen humor en dosis que se parecen mucho

Extraña percepción de la felicidad tienen los editorialistas de nuestro tiempo, si asumen que un concepto se define por una mezcla de términos que mejor nos aproximan a la definición de su antónimo. No por nada “la infelicidad se acentúa cuando la patología de la propiedad desmedida, con los engaños que la exacerban, va descomponiendo la vida colectiva” (Lledó, 2005: 8). De esa vida colectiva en Colombia y en el Tercer Mundo, han sido excluidos quienes con herramientas y medios precarios siguen contribuyendo en la transformación de sistemas urbanos y regionales, a la autoproducción y autoorganización del hábitat.



Imagen 5 Lagunas El Pondaje y Charco Azul, Sector Belisario Betancur, Comuna 13, Cali. Foto Carlos Alberto Torres (1998).

Este es el caso de los hoy denominados *grupos étnicos*, desarraigados forzosamente de sus territorios ancestrales¹⁰ y obligados a crear precarios vínculos con las periferias urbanas. De esta manera, el conflicto social y político que vive el país, a la vez que contribuye en la generación de informalidad, da lugar a nuevos conflictos culturales por cuenta de forzados procesos de adaptación en el nuevo hábitat. “Aparecen en la escena de nuestros territorios urbanos culturas que han sido soporte de la estructuración del Estado colombiano” (Garcés, 2006)¹¹, culturas que han sido invisibles a buena parte de las intervenciones en el territorio rural y que se suman ahora a un nuevo tipo de invisibilidad, ahora urbana, la ciudad informal.

Las concentraciones urbanas en Colombia no están preparadas para dar acogida a estos nuevos pobladores¹²; nuestras ciudades tampoco son amables en este sentido; también excluyen a grupos humanos que, además de tejer nuevos vínculos en lugares extraños, se obligan por su propia historia y naturaleza a conservar su cosmogonía mediante el traslado de algunas de sus instancias de organización¹³ y manifestación cultural a procesos de participación urbanos.

Pero si bien es cierto que tanto estos grupos como los miles de grupos de otros campesinos y demás habitantes del mundo rural colombiano han sido excluidos del disfrute de la ciudad plena, no han sido excluidos de su producción. Si, como arriba se afirmó, la ciudad se parece a la sociedad que la construye, tendríamos que aceptar que la ciudad es el producto de: 1) el esfuerzo socialmente necesario para construirla, y 2) la participación de todas y todos en los beneficios de tal esfuerzo.

a la felicidad. A todos los colombianos, deseamos un nuevo año que responda a su optimismo y a su empeño de ser dichosos” (*El Tiempo*, 2006, 31 de diciembre: “Colombia y la felicidad”, Editorial).

10 En el reciente foro denominado *10 años de la Ley 388 de 1997: sus aportes al ordenamiento urbano y la consolidación de políticas de suelo*, realizado en el Congreso de la República los días 24 y 25 de mayo de 2007, Manuel Rodríguez Becerra, quien fuera el primer Ministro de Medio Ambiente en Colombia, en representación del Foro Nacional Ambiental, afirmó que “actualmente el 35% de la superficie del territorio nacional pertenece a las comunidades indígenas y afrocolombianas”.

11 El abogado y estudiante de Estudios Políticos de la Universidad del Valle, Alex Garcés Medrano, ha participado activamente en los debates generados en el marco del curso “Ordenamiento territorial y región”, impartido por el autor en la Universidad del Valle.

12 Uno de los más importantes derechos consagrados en la Constitución Política de 1991 es el reconocimiento del carácter diverso, multiétnico y multicultural de la población colombiana.

13 En Cali se han conformado seis Cabildos Indígenas y numerosos grupos de población afrocolombiana trabajan en procura tanto de la integración urbana, como del restablecimiento y mantenimiento de tradiciones culturales propias.



Imagen 6 Sector Lomas, Cali. Foto: Carlos Alberto Torres (1998).

De esta manera, todos los habitantes urbanos contribuyen a la construcción de la ciudad formal, pero no todos tienen derecho a disfrutar la formalidad; todos están incluidos en las dinámicas que dan lugar a la generación de beneficios, pero no todos están llamados al disfrute de tales beneficios (principio constitucional), con lo cual se margina a muchos a habitar la ciudad informal. Importantes grupos de población que suman esfuerzos en la construcción de ciudad formal deben luego sumar los suyos propios en la autoproducción de ciudad informal. El esfuerzo socialmente necesario para la producción de ciudad no es, pues, equivalente a la distribución de los beneficios integrales obtenidos en tal proceso.



Imagen 7 Cali vista desde la Comuna 20, Cali. Foto Ricardo Cruz. (2007)



Imagen 8. Paisaje de la Comuna 20, Cali. Foto Ricardo Cruz (2007).

Marginópolis

El de los excluidos es uno más entre los sentimientos y una más entre las racionalidades que contribuyen a la transformación de la estructura urbana formal e informal en Colombia, Latinoamérica y el mundo entero en contextos de marginación social, económica¹⁴ y política, los cuales, aunque hacen también presencia en algunos entornos del mundo “desarrollado”, se siguen considerando “tercermundistas”. Tales sentimiento y racionalidad de los marginados urbanos han evolucionado como producto de: 1) la consolidación de los procesos comunitarios con base en la experiencia de varias décadas de autoproducción de hábitat; 2) el cambio de las condiciones en las que se construye la ciudad informal, pasando de procesos de inclusión y regularización hacia situaciones cada vez más drásticas y dificultosas, y 3) por la evolución propia de los derechos sociales fundamentales en el mundo con-

¹⁴ Colombia culmina el año 2006 con la tasa de desempleo más alta de América Latina: 12,5% según la Organización Internacional del Trabajo, OIT.

temporáneo. Es lógico entonces que la más sencilla síntesis de esta compleja realidad surja de los propios sentimientos y de la racionalidad del excluido: “El problema es más político que social”¹⁵.

Y esta, que también ha sido ya –después de varias décadas– una conclusión ofrecida por diversas racionalidades formales públicas, privadas, académicas y no gubernamentales, no ha logrado trascender y constituirse en un asunto central en las políticas de los Estados que presentan el fenómeno de la ciudad informal, fenómeno que tiene una enorme presencia en un mundo que muestra una fuerte tendencia hacia la degradación urbana en buena parte de sus territorios más poblados.

De otro lado, si no se comprende e interviene adecuadamente el fenómeno, la construcción de ciudad informal se seguirá orientando por el paradigma de ciudad formal, aunque en algunas concentraciones urbanas la participación de la formalidad es crecientemente menor que la ciudad informal. Es por ello que tras décadas de exclusión y segregación, la racionalidad que construye hoy la ciudad informal no es ya marginal; es una lógica con gran presencia entre las que dan forma y contenido a las ciudades latinoamericanas, africanas y a algunas asiáticas actuales; una lógica que aún no es comprendida por el paradigma de formalidad que persistentemente se persigue. Signo inequívoco de que la producción de ciudad atraviesa una de sus crisis más pronunciadas en la reciente historia urbana del planeta.

En ese orden, y si se acepta que la crisis de un concepto se reconoce en la crisis de sus conceptos asociados (Deleuze y Guattari, 1999: 23), la ciudad informal es entonces un producto de la crisis de conceptos asociados a la construcción de ciudad en ámbitos de nuestra deficiente modernidad y de la confusión que aún impera en el mundo contemporáneo. La crisis de conceptos como democracia, libertad, reconocimiento de la diversidad, espacio público, equilibrio ambiental, confort, belleza, funcionalidad, inclusión social, derecho a la ciudad y, para el caso de Colombia, Estado social de derecho, son un presagio de lo que podemos esperar de nuestras sociedades y sus ciudades en el futuro inmediato.

De continuar esta dinámica de crisis, el esfuerzo socialmente invertido para la producción de ciudad –sin presencia contundente del Estado y sus políticas, y sin distribución equitativa de los beneficios del desarrollo urbano– seguirá arrojando como producto solo ciudad deficiente o ciudad con negación de atributos, especificaciones y relaciones, o no-ciudad, que es lo que produce hoy la marginalidad neoliberal en las concentraciones urbanas.

15 Frase pronunciada por un líder comunitario en el distrito de Aguablanca, en Cali.

Como quiera que la ciudad informal hoy ha superado en escala y complejidad las primeras anexiones urbanas de inmigrantes, desplazados, excluidos, especuladores y ocupadores ilegales de terrenos públicos y privados; como quiera que la brecha económica, social y política en los países de América Latina ha alcanzado dimensiones imprevistas; como quiera que las percepciones y las acciones de la planificación y el desarrollo convencional no dan explicaciones ni salidas razonables, serias y suficientes a la problemática generada en torno a esa *otra ciudad*, o no-ciudad, es necesario evolucionar en el recurrente debate en torno a la tradicional marginalidad urbana y situar las expresiones de ciudad informal como una marginalidad de nuevo tipo, como una mutación de la informalidad que ha encontrado las condiciones propias para hacerlo entrado el siglo XXI, un fenómeno con entidad propia en el mundo urbano contemporáneo al que corresponde una nueva denominación: Marginópolis.

No se percibe en el horizonte un cambio estructural en la política para enfrentar el enorme reto del urbanismo contemporáneo en el Tercer Mundo y, especialmente, en Colombia:

“...el país no ha logrado encontrar un curso que le permita moverse coordinadamente hacia adelante y su dirigencia no ha asumido la responsabilidad de desempantamar al país. Se conforma con que la economía vaya más o menos bien y tolera negligentemente que el país siga mal o menos bien” (Hommes, 2007).

Como quiera que nuestra modernidad se ha dado de manera confusa y atropellada (acaso inconclusa), hemos llegado a esta situación que, desde luego, no es un punto del cual no se pueda retornar. Siendo así, es posible que si nuestra Nación –tal como invierte los esfuerzos socialmente necesarios para la producción de riqueza– invierte los esfuerzos políticamente necesarios para la redistribución de los beneficios, pueda encontrar el camino de la ciudad o la ciudad como camino.

Para tal propósito es necesario que –entre tantos otros resultados obtenidos– las plusvalías derivadas del esfuerzo colectivo invertido en la producción de ciudad se instituyan como uno de los instrumentos generadores de equilibrio en el conjunto del hábitat urbano, equilibrio que jamás podrá generar un proceso de producción de ciudad entregado totalmente a las relaciones del mercado, porque, como hemos visto, el neoliberalismo no produce ciudad, sino Marginópolis.

Bibliografía

- DELEUZE, Gilles y Félix Guattari (1999). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Ediciones Anagrama.
- HOMMES, Rudolf (2007). “La economía va bien, ¿y el país?”, en: *El País*. Cali.
- LLEDÓ, Emilio (2005): *Elogio de la infelicidad*. Prólogo de Mauricio Jalón. Valladolid: Ediciones Cuatro.
- MILLÁN OROZCO, David (2001). “De la generación espontánea a la formalidad planificada”, en: *La recomposición de la ciudad informal*. Universidad Politécnica de Valencia, España. I Congreso Internacional Ciudad Informal, Cali, Colombia.
- TORRES, Carlos Alberto (2002). “La ciudad: espacio de inclusión y exclusión”, en: *La ciudad: hábitat de diversidad y complejidad*. Bogotá: Universidad Nacional.